

## MARCOS ARRONIZ

Nació en Orizaba, Ver., ignorándose la fecha. Murió demente y por posible suicidio o asesinato, en el camino de Puebla, a fines de 1858, por la Navidad.

Poeta y cuentista, es autor de varias obras, de las cuales las más conocidas son: *Hermínia y Celos*. Publicó además *Manual de Biografía Mexicana*; *Galería de Hombres célebres de México* (1857); *Manual de Historia y Cronología de México* (1858); *Manual del Viajero en México, o Compendio de la Historia de la Ciudad de México con la descripción e historia de sus templos, conventos, edificios públicos, las costumbres de sus habitantes, etc., y con el plano de dicha ciudad*, (1858); *Biografía del benemérito C. Miguel Hidalgo y Costilla* (1868).

Le han estudiado, Carlos G. Amézaga, *Poetas mexicanos*, Buenos Aires, Imp. de Pablo E. Coni e hijos, 1896, 414 p.; y Francisco Pimentel en *Historia crítica de la Poesía en México*. Nueva ed. corregida y muy aumentada. México, Tip. de la Secretaría de Fomento, 1892, 976-II p.

Fuente: Marcos Arroniz. *Manual del viajero en México, o compendio de la historia de la ciudad de México, con la descripción e historia de sus templos, conventos, edificios públicos, las costumbres de sus habitantes, etc., y con el plano de dicha ciudad*. París, Librería de Rosa y Bouret, 1858. 298 p., p. 165-175.

### COSTUMBRES CAMPIRANAS

Las escenas del campo son caprichosas, y presentan cuadros dignos de que se traten de consignar por la pluma del viajero curioso. En la época que los rancheros denominan de los truenos de abril, se ocupan del rodeo, que es la reunión de los animales nuevos que deben marcarse con el fierro de la hacienda, para que conste su propiedad. Pero antes tiene lugar la fiesta del combate, que se llama así el día en que se concluye la cosecha del año. Los carros y carretas se adornan con banderas y arcos de flores; lo mismo se hace con los bueyes y algunos instrumentos de agricultura. En la carreta capitana es mayor el lujo campestre, y lleva una música; se colocan las otras después de ésta. Luego sigue una turba de jinetes que nombran entre ellos su caporal, mientras el verdadero se esconde para dejarlos en libertad de gozar a su gusto de la

fiesta y por ser de rigor. Al mismo tiempo de la capilla de la hacienda sale un grupo numeroso de mujeres que llevan en andas a la Virgen o al santo Patrón de la finca y lo llevan cantando y regando flores; las campanas de la torrecilla sueñan, los cohetes rasgan el aire y estallan en él. Después principia una especie de parodia del Hipódromo, pues que punzan a los bueyes para que tiren de las carretas a todo galope y en círculo, unas tras de otras; las mulas enganchadas y llenas de cintas de colores vivos las atalajan y las reúnen en número de cinco o seis, llevándolas de las riendas, y se llaman cobras, pero sin que tiren de ningún vehículo, y las hacen correr también en torno. Los jinetes hacen mil cabriolas a todo escape; todo parece un vértigo de movimiento; parece que lo arrebatara un torbellino, y lo hace girar bajo sus poderosas alas, hasta que cansados hombres y animales, entran en reposo. Siguen las danzas en que se visten los peones de la hacienda con bandas, pañuelos, cintas y otra porción de chillantes adornos, y nombran a uno de ellos su negro o payaso, que es el encargado de hacer reír a la concurrencia; se tizna la cara con carbón, se viste de pieles de animales e improvisa sendos disparates en versos cojos. Luego sigue el baile en el que traen una especie de toro de cartón, y durante él, lo toreadan, le clavan banderillas, y hacen mil evoluciones; todo al compás de la música, hasta que después de figurar que lo matan, y decir cada uno de los bailarines su verso, en los que figura también el amo de la hacienda, se retiran a descansar. Sigue a los pocos días el herradero, y se hacen los preparativos al efecto; en un lugar a propósito se construye un tablado para el amo y los señores convidados, principalmente de las haciendas inmediatas. Dos dependientes de la finca llevan sus cuadernos y lápices, para apuntar las cabezas que se han de herrar. Cuando ya están los fierros calientes, el caporal para comenzar exclama con todo el vigor de sus pulmones: Ave María purísima. En el acto se separa una partida de becerros, de un toril a otro, y entre tres vaqueros toman a cada becerro de la cola, y lo echan a tierra, dejando libre la parte en que se les ha de estampar el fierro. Acto continuo, el caporal y otros inteligentes toman el fierro, y dicen en alta voz el número que toca a cada animal que van marcando para que por sus clases se les vaya apuntando. Concluido esto se cuenta el total a la orden del caporal, y tomando cada becerro de un cuerno por un vaquero y apoyado éste en el lomo, parten hasta treinta en diversas y encontradas direcciones, dando saltos con ellos, y esto es lo que

se llama pachonear; de lo que resulta que se encuentren unos con otros, revolviéndose hombres y animales, cayendo por todas partes los aficionados, en medio del polvo, de la gritaría y estrepitosas carcajadas de la multitud. Los becerros herrados pasan a otro corral, y es frecuente que alguno haga plaza o se embravezca, y entonces se torea un rato. Despejado el toril, se trae otra punta de becerros, y así se procede hasta terminar con los que se han de herrar. En seguida se señalan los becerritos que no pueden sufrir la marca; y terminado esto, se ponen por separado los toros que se han de jugar o colear. Para hacerlo se comienza a dar salida al ganado en pequeños trozos, y de dos en dos personas cuentan las clases, edad, y el total, no incluyendo los becerros de herradero y de señal, por haberse ya tomado razón antes. El caporal da el grito de puerta o campo, y sin esta voz nada sale a los potrereros. Las clases se van apuntando y así se saca la cuenta para hacerle los cargos al caporal, formar los estados, y darle a aquél el libro de ganados para el siguiente año. Luego sigue la diversión de torear, con todos sus variados lances. No falta quien en semejantes circunstancias deje de manifestar su habilidad en montar un toro: apenas se ha indicado, cuando una multitud de reatas vuelan sobre el animal, y en un abrir y cerrar de ojos está el toro por tierra y apealado, esto es, lazado de los pies, y se oyen estas voces: Acórtese más, amo — no estire tanto el pretal — el jinete, el jinete — si no, que busque madrina — este toro tiene un doblón en el lomo — que lo monten y yo voy después — ándele, negro.— Luego si se determina el coleadero, se lleva a los toros a un punto y allí se da principio a la diversión. Como el caporal todo lo dirige y arregla, dispone paradas de tres en tres coleadores; con la garrocha en la mano corta cada toro que se va a colear: apenas parte, cuando lo siguen en la velocidad de la carrera, y lo derriban por tierra; luego que se para y arma la carrera, lo colea otro, o el que es más diestro en la maniobra.— Se entiende por esto, tomar al animal de la cola en fuerza de la carrera, y adelantando el caballo, darle un tirón para echarlo en seguida al suelo. Diversos son los modos de esta animosa operación: a pulso, que es halar al toro con toda la fuerza del brazo, sin apoyarlo en manera alguna; a rodilla, enredando la cola en la mano, metiendo ésta debajo de la rodilla, cuya pierna se encoge y sobre ella se inclina el cuerpo para apoyar el tirón que se da al toro, procurando adelantarle el caballo; a arción vieja o arriba, es tomar la cola (sin enredar la mano, porque sería

perderla), levantar en la violencia de la carrera la pierna, y colocando la cola debajo, apoyarla en el muslo de aquella para halar al toro; a bolera, se toma la cola con la misma violencia, se enreda la mano, cuando hace mucha fuerza el toro, se alza la pierna, y se coloca la cola en la pantorrilla con la que se apoya la mano, y la espuela también sirve para halar al toro; al mismo tiempo se abre el caballo un poco, que se ejecuta con la mayor prontitud posible, lo que coadyuva eficazmente para dar una caída redonda, que así se llama cuando el toro da una o más vueltas. Los caballos que después de tomada la cola y trabada la acción o vulgarmente arción, se esfuerzan para pasar al toro, se llaman salidores; y los hay muy adiestrados para alcanzar a un toro, variar de dirección por seguirlo, acomodarse o arrabiatarse para que el jinete tome la cola y salir con violencia cuando se da el tirón. El ranchero del Mezquital es más diestro para colear por ambos lados, y no usa de otra manera sino de bolear, que es una verdadera suerte. Uno más riesgoso hay por Jalisco, y es el de que en la violencia de la carrera, toma el charro la cola al toro, echa pie a tierra, y lo hala botándolo al suelo. El caballo unas veces se para en medio del llano, y otras sigue a su amo. Otra diversión hay, que es a la vez odiosa y bárbara. En los días de San Juan Bautista y San Pedro, por Durango, además de las carreras, los rancheros corren juntos y abrazados en distinto caballo, y el fin es ver quien se arranca de la silla; al que logra esto se proclama vencedor. Sucede frecuentemente, que maneándose los caballos entre sí, vienen abajo con los jinetes y quedan éstos sin vida. Lástima es ver cómo va perdiendo la juventud de buenas familias la afición a estos ejercicios varoniles, que no estaban destinados solamente a las gentes del campo, porque así se familiarizaban con el peligro, adquirían más destreza en el manejo y equilibrio del caballo, y los hacía más a propósito para ser buenos oficiales de caballería; pero por desgracia ya muy pocos son los que a estos ejercicios se dedican, que tanto servían para la gimnástica del cuerpo. Antes estos mismos jóvenes de vez en cuando se dedicaban a lidiar toros capoteándolos, clavando banderillas a pie y a caballo, y matándolos; en fin, afrontando todos los riesgos del torero, pero no por el vil precio del dinero, sino por otro premio más grato. Entre las más bellas muchachas de la población se nombraba una junta, y ésta elegía como su reina a la más hermosa, y en un palco lujosamente adornado presenciaban aquellas diversiones, premiando la destreza o el valor de los

jóvenes aficionados, llamándolos a aquel punto, y atándoles a los brazos flores y listones con colores emblemáticos; la reina era la que daba los premios grandes a los que más se distinguían. En la noche todo concluía con un vistoso baile en el que las hermosas preferían para bailar a los que más habían lucido su habilidad y audacia, y que ostentaban orgullosos sus preseas concedidas por la mano de la hermosura. Esto da alguna idea de los antiguos premios de los torneos en la Edad Media, del respeto y adoración a la mujer, de la consideración de ella por el valor e intrepidez.

Hemos apuntado los principales usos y costumbres de nuestra capital y sus cercanías, presentando a sus actores con su traje propio; sin embargo debemos confesar que hay tipos muy curiosos en los Estados lejanos, pero hasta allá no nos es dado ir por el corto espacio de estas páginas, y la variedad de materias que deben contener. Para remediar esta falta excitamos a nuestros lectores se proporcionen las relaciones poéticas y animadas que publicó en la *Revue des Deux-Mondes* Mr. L. de Bellemare, bajo el seudónimo de Gabriel Ferry, y que después han sido recogidas en algunos volúmenes.

—En este capítulo hemos satirizado, verdad es, algunas flaquezas y ridiculeces de nuestra sociedad; pero aunque aquí varían en la forma, son inherentes a la condición humana. El carácter de nuestros compatriotas, a pesar de lo que digan Lowenstern, Chevallier y otros viajeros visionarios o mal intencionados, es franco, social, hospitalario y suave, sin que se crea que esta última cualidad excluye el valor cuando se requiere, pues se adapta admirablemente a las situaciones su sistema nervioso y el temple de su alma; así es que en el campo de batalla se muestra impetuoso y enérgico, como lo prueban mil ejemplos en las guerras de independencia, en las civiles y aun en la desgraciada del Norte-América, pues siempre en los combates singulares, en que el valor era el solo que debía decidir del éxito, llevábamos la ventaja; no así cuando se chocaban masas contra masas, porque las nuestras, siendo heterogéneas, por sí mismas se desunían. En las artes siempre se ha confesado la feliz disposición de nuestros compatriotas. y nuestra escuela antigua de pintura ha merecido elogios hasta del conde Beltrami, concedor de las maravillas italianas; y al presente el brillante estado de la Academia de Bellas Artes de San Carlos, la primera de su clase en América, viene a corroborar aquella opinión en que todos están uniformes. Si es en las ciencias, nuestra *Galería de hombres célebres*, que forma

otro Manual, prueba que algunos de ellos han sido considerados y enaltecidos por la culta Europa; y ahora, en nuestras grandes comisiones científicas, siempre han llamado la atención de una manera notable algunos de nuestros jóvenes, ricos de altas esperanzas para el porvenir, y que ya han merecido la consideración y aprecio de muchos ilustrados extranjeros. La política ha creado en todos los partidos muchas notabilidades, y sus talentos han sido imparcialmente reconocidos por los mejicanos y en el extranjero.

Esa inestabilidad que se ha atribuido al carácter mejicano no lo es en realidad, sino simplemente las diversas fases del desarrollo de un pueblo nuevo que desea alcanzar la perfección europea, y que por algún tiempo es necesario sea víctima de la inexperiencia y haga diferentes ensayos para la consecución de sus fines; aquella es la que han explotado algunos ambiciosos para mantener el país en continuas revoluciones, que también motivan su origen de la grande extensión del país, de su escasa población y la variedad de ésta; creando así mil intereses opuestos que fácilmente explotan algunos perversos y otros de buena fe para la realización de sus teorías. Esta desigualdad es muy nociva para el equilibrio social; necesita el gobierno apoderarse de esos resortes, y para manejarlos debe mostrar mayor tino, aplomo y sabiduría, y un leve descuido viene a ser la causa de un gran trastorno. Pronto, esperamos con gusto, pasado ese período de crisis, de desarrollo e inexperiencia, Méjico alcanzará su verdadera altura, rectificará sus juicios, y con la lección de lo pasado, afirmará su presente, aclarará el porvenir, y llegará a colocarse entre la familia de las naciones en la noble jerarquía que le ha asignado la alta Providencia: si esto no es así, lo deseamos de todo corazón.